

ME DISTEIS DE COMER

Queridos diocesanos:

En el capítulo 25 del evangelio de San Mateo encontramos la parábola de las ovejas y los cabritos, también llamada parábola del juicio final. La meditación de este texto nos puede ayudar a crecer como Iglesia samaritana, porque en esta parábola Jesús se identifica sin concesiones con los más pobres y necesitados. “Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme” (25, 35-36).

El Papa Francisco dice que en estas palabras se contiene “el gran protocolo” de acuerdo con el cual seremos juzgados (cf. Gaudete et exultate, 95-99) y pide que no quitemos fuerza a las palabras de Jesús, que se ha identificado con los más pobres y los que sufren. Precisamente en ellos se revela el corazón de Cristo, sus sentimientos y sus opciones más profundas. Por eso, escribía el Papa: “Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un aguijón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizá hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una criatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?” (GE 98). Esto debe conducir a la Iglesia a poner todos sus esfuerzos en luchar contra la exclusión y la marginación social.

También San Juan Pablo II ofreció una impresionante reflexión sobre esta parábola, subrayando que no se trataba simplemente de una invitación a la caridad, sino que “es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo” (Novo milenio ineunte, 49), porque no se puede contemplar el rostro de Cristo si no se dirige la mirada al mismo tiempo al rostro de los hombres. La adhesión a Cristo pide a la Iglesia ponerse incondicionalmente a favor del hombre, especialmente de los más pobres: “ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio -decía-, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos”.

La fidelidad a Jesús nos exige fidelidad a los hombres. Decía con contundencia Juan Pablo II que sobre esta página del Evangelio “la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia”. ¿No os parece que en muchas ocasiones estamos demasiado preocupados por salvar la ortodoxia y nos olvidamos de que no se puede ser fiel a Cristo si no lo reconocemos y servimos en los más débiles y vulnerables?